

## **Miguel, un hombre a quien todo el mundo recuerda**

### **Nota espectroscópica de Miguel Catalán**

Por Javier Sainz Moreno

Miguel Catalán fue profesor de Física de la promoción escolar de mi madre en el Instituto-Escuela, la ya lejanísima clase 11, formada entre otras alumnas por: Josefina Calandre, Carmen Zulueta, Pilar Cobos, María Luisa Mayoral, Julieta Lorda, Gloria Santoro y como digo, mi madre, Pilar Moreno. El recuerdo más concreto que tiene de él es como sacaba a sus alumnos del aula, y les llevaba el patio a ver el funcionamiento del motor de su coche, al que llamaba autoplano. La clase se realizaba, pues, con la necesaria pizarra y tizas, pero al aire libre y ante el motor del coche, que el señor Catalán ponía en marcha y apagaba sucesivamente para que sus estudiantes vieran como se movía las diversas piezas.

Después yo vi al señor Catalán durante varios años en el colegio “Estudio”, siempre jovial y, desde luego, siempre sin abrigo ni sombrero, ya que él mismo decía que era sinabriguista y sinsombrerista.

Los compañeros de mi clase y yo observábamos con envidia las clases de Física que el profesor Catalán daba a los alumnos mayores de Quinto, Sexto o Preu, algunas veces en el aula pero otras muchas veces en el laboratorio o por todo el colegio. Veíamos desde la ventana como calculaban la altura de la torre del colegio a base de medir la presión atmosférica del aire en la cúpula de la misma y la que había en el suelo de la acera de la calle. También nos quedábamos mirando cuando estudiaban el fenómeno del eco a base de escuchar el sonido de los pasos de las baldosas de la acera, ya que creo recordar que a partir de los trescientos metros se oían dobles. E igualmente formábamos corrillos alrededor de quienes intercambiaban mensajes en lenguaje morse situados unos en el tercer piso de la escalera del colegio y otros en el bajo, mediante la pulsación de unos pequeños aparatitos, hasta que teníamos que irnos a nuestras clases, esperando que algún día, cuando fuéramos mayores, haríamos nosotros esos experimentos. No pudo ser porque el señor Catalán murió un año antes de que nosotros llegáramos a ser alumnos suyos.

Me queda, eso sí, el recuerdo de la excursión que hicimos los alumnos de varios cursos a la Laguna de Peñalara, en la sierra de Guadarrama. Era un lugar al que le gustaba mucho ir por su predilección a las zonas de montaña que tuvieran algún lago o laguna –de hecho, se había comprado un pequeño terreno en Zamora, frente al Lago de Sanabria–.

Aún quedaba nieve en la cumbre y las laderas del Pico de Peñalara y una catarata de agua ‘helada’ caía sobre la laguna; pero él nos animó a bañarnos y fue el primero que la cruzó rápidamente a nado.

Conservo algunas fotos de aquella excursión en las que él está bronceado y sonriente entre las profesoras Villalobos y Zacagnini, con el pelo blanco, como si se lo hubieran dejado así sus frecuentes ejercicios de natación en aguas heladas.

Mi hermana Pilar, mayor que yo, y todas las compañeras de su clase, llevaban en su carpeta archivador una fotografía del señor Catalán. Entonces yo, cuando la veía, le decía: “¡vaya, vaya, una foto del señor Catalán!”, y ella me contestaba “Niño, tu eres tonto”, y la guardaba en el interior de la carpeta que cerraba con las gomas.

Después, algún día, todos los años, cuando nuestra profesora de Física, la señorita Villalobos había terminado una lección y sólo quedaban diez y doce minutos de clase, le pedíamos que no empezara un nuevo tema y que nos contara experimentos del señor Catalán, a lo que ella accedía –“sólo por esta vez y que sirva de precedente”, nos decía – pero realmente estaba muy emocionada.

Apenas puedo aportar nada de conocimiento sobre el señor Catalán, sólo mi testimonio de su carácter jovial y extrovertido, que lograba que el guardia de tráfico de la esquina colaborara voluntariamente en el experimento de los pasos por la acera apartando a los otros viandantes o cortando la circulación; que conseguía que la señora de la limpieza del colegio le trajera corriendo, feliz y contenta, el cubo que necesitaba, seguido siempre por una nube de alumnos con gafas apuntando notas en cuadernillos como si fueran detectives de fenómenos naturales.

Me consta que su cuñado, Gonzalo Menéndez-Pidal, y su hijo Diego Catalán compiten por demostrar a quién de los dos quería más Miguel Catalán. Cuando le digo a Diego que José Luis Bauluz ha grabado una entrevista sobre Catalán salta inmediatamente como un muelle para decirme: “sí, él le conoció desde luego antes de que yo naciera; pero después yo le conocí más, porque era mi padre y viví más tiempo con él en su casa”. Cada vez que le pregunto cómo le llamamos a una sala del edificio de la Fundación o a un árbol del jardín, me propone muy ilusionado: “Podríamos llamarla sala, o árbol, Miguel Catalán”.